

puesta: «Nos escribís cartas inconvenientes y que deshonoran el poder real; nos dais órdenes que convienen muy poco con la modestia de un obispo; nos llenais de injurias y de ultrajes; tiempo es ya de enseñaros que, aunque sometido á las pasiones humanas, somos sin embargo un hombre creado á imagen de Dios, y que conservamos el sentimiento de la dignidad real que nos ha sido transmitida por nuestros antecesores. Vos decís: «*Queremos y mandamos por la autoridad apostólica que Hincmaro de Laon venga á Roma ante nosotros y apoyado por vuestro poder.*» Admiramos dónde el autor de esta carta ha aprendido que un rey, obligado á corregir á los malos y á vengar los crímenes, debe enviar á Roma á un culpable condenado segun las reglas. Nosotros los reyes de Francia, nacidos de estirpe real, no hemos sido hasta ahora los lugartenientes de los obispos, sino los señores de la tierra. Dios ha establecido los reyes y los emperadores para mandar, y no para ser los servidores de los papas. Si hojeais los registros de vuestros predecesores encontraréis que no han escrito á los nuestros del modo que acabais de escribirnos... Yo os ruego que no me dirijais á mí, ni á los obispos de mi reino, semejantes cartas, á fin de que os tengamos siempre el respeto que os es debido» (1). Adriano cedió y escribió una carta humilde y lisonjera al rey Carlos (2).

El pontificado parecia vencido; pero ¿quién era el vencedor? No lo era la Iglesia galicana; se habia amparado bajo la autoridad real para arrostrar al Papa. Si la fuerza real hubiese correspondido al tono de altivez que respira la carta de Carlos el Calvo, ¿qué hubiera sido de la Iglesia? El pontificado, ciertamente, hubiese quedado sin poder, pero el episcopado mismo se hubiera doblegado ante los reyes. Hubiera habido tantas iglesias particulares como reinos; no hubiera habido Iglesia universal, ni catolicismo, ni aun civilizacion, porque la dominacion del poder temporal en la Edad Media era el imperio de la fuerza. No era éste el curso providencial de las cosas. La influencia de ese espíritu general,

(1) HINCMAR., t. II, p. 701-716.—BOUQUET, VII, 542.

(2) HADRIANI, *epist.* 34, *ad Carol. Calv.* (MANSI, XVI, 857).

que es la voz de Dios en la humanidad, triunfó sobre la monarquía y sobre el episcopado.

Los Carlovingios dejan el paso á una dinastía nueva; Hugo Capeto es elegido rey de Francia. Se empeña la última lucha entre el nuevo rey y los restos de la raza de Carlo-Magno. Arnolfo, arzobispo de Reims, bastardo del rey Lotario, escuchando más la voz de la sangre que la del deber, entrega su metrópoli á los enemigos de Hugo Capeto; acusado por el rey de traicion, es depuesto en un concilio. Todo parece favorecer el espíritu de independencia de los galicanos: tienen á su favor la monarquía, tienen tambien el envilecimiento de los papas; las cortesanas dominan en la Silla de San Pedro. El obispo de Orleans, el prelado más notable de las Galias, va á enseñarnos cuáles eran los sentimientos de la Iglesia galicana en estas graves circunstancias. Pronunció en el concilio de Reims una violenta filípica contra el pontificado. El orador comenzó por protestar su respeto hácia la Iglesia romana, que debe honrarse en memoria de San Pedro; pero añadió una reserva á aquella profesion de fe: tienen á sus ojos más autoridad los cánones antiguos que los decretos de los papas. Despues exclamó: «¡Cuán digna de compasion es Roma! Ella, que ha producido tantas luces, y hoy reinan en ella profundas tinieblas que admirarán á la posteridad. En otros tiempos hemos tenido Leones, Gregorios, un Gelasio, un Inocencio, cuya sabiduría y elocuencia estaban por encima de la sabiduría humana... Y ¿qué hemos visto en nuestros tiempos? Un Juan XII, entregado á las más obscenas voluptuosidades, y tan cruel como desenfrenado; un Bonifacio, monstruo horrible, el más malo de los hombres, manchado con la sangre de su predecesor. ¡Y se quiere que tantos obispos distinguidos por su ciencia y su virtud estén sometidos á semejantes seres!... Roma parece abandonada de todo auxilio divino y humano, y aún de sí misma. Desde la caída del imperio ha perdido la Iglesia de Alejandría y la de Antioquía, y, aparte del África y Asia, la Europa misma empieza á abandonarla; Constantinopla se ha sustraído á su autoridad; la España se le manifiesta extraña. Es la sublevacion de que habla el Apóstol, no sólo de las naciones, sino de las Iglesias. El poder romano está aniquilado; la religion destruida; el nombre de Dios profanado por los perju-

rios; el culto divino despreciado hasta por los sumos pontífices. El hijo de perdición, el hombre de pecado, el Antecristo se aproxima» (1).

El discurso del obispo de Orleans tendía nada ménos que á un cisma; provocaba en cierto modo á la Iglesia galicana á seguir el ejemplo de todas las que se habían sustraído á la autoridad de Roma. ¿Cómo resistió á este peligro el pontificado, degradado y envilecido? Algunos hombres mancharon la Santa Sede con sus crímenes; pero el pontificado tenía ya tal prestigio que la dominación de las cortesanas romanas no pudo ya destruir su ascendiente. Había en los espíritus un sentimiento instintivo de la necesidad de un poder soberano: la conciencia general triunfó, no sólo sobre los crímenes de los papas, sino también sobre las resistencias del episcopado.

En las filas de la aristocracia episcopal se hallaba entonces uno de los hombres eminentes del siglo x, Gerberto. Después de la deposición de Arnolfo fué elegido arzobispo de Reims; se ha hecho notar que en su profesión de fe no hizo mención más que de los cuatro concilios generales, sin decir siquiera una sola palabra de la Santa Sede (2). Habiendo anulado el Papa el decreto del sínodo que había depuesto á Arnolfo, Gerberto tomó la defensa de la iglesia galicana contra el pontificado. Hizo un llamamiento á la independencia del episcopado: «Si la voluntad del Papa triunfa, dice, la autoridad de los obispos ha concluido, así como el poder de los reyes» (3). La voz de Gerberto encontró eco en la aristocracia episcopal; pero los pueblos estaban ya de parte del pontificado. En vano trató Gerberto de mantenerse en Reims; clérigos y laicos huían del hombre condenado por la sentencia apostólica; se negaban á asistir á las misas que celebraba; se negaban á comer con él; el pueblo le perseguía con sus injurias, le colmaba de ultrajes (4). Los reyes mismos se vieron obligados á ceder; el restablecimiento de Arnolfo fué la condición de la reconciliación de los Capetos con la Santa Sede. Hecho Gerberto

(1) MANSI, XIX, 131.

(2) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. IV, p. 202.

(3) MANSI, XIX, 173.

(4) GERBERT, *Epist. ad Adelaidem Imperatricem* (MANSI, XIX, 178).

papa, sancionó la victoria que el pontificado había alcanzado sobre las iglesias nacionales.

La idea de las Iglesias nacionales estaba en contradicción con la esencia misma del catolicismo, estaba en oposición con la misión que la Providencia ha guardado para la religión cristiana. Una Iglesia nacional está necesariamente sometida á la influencia del Estado. ¿Y qué era el Estado en el siglo x? La fuerza bruta, la violencia. ¿Se concibe la Iglesia dominada por las mil tiranías que van á surgir en el régimen feudal? ¿La Iglesia, una por esencia, dividida hasta lo infinito? Las Iglesias particulares hubiesen traído consigo la ruina de la Iglesia universal, la ruina del cristianismo. La dominación del pontificado era una condición de existencia para la religión en la Edad Media. Los tiempos han llegado ya á su madurez; va á aparecer el hombre marcado con el sello de Dios: Gregorio VII.